A MI PADRE

MANUEL JOSÉ DE LARA

1
NO BASTA

Estoy contigo, padre, estoy aquí,
en medio de este mundo que me cansa.
Vuelvo hasta ti, de nuevo, como el niño
que, harto de andar sin rumbo, vuelve a casa.

Después de media vida dando vueltas
a los mismos recuerdos y esperanzas,
con la lección a medias aprendida,
hoy te traigo lo mucho que me falta.

Te encuentro entre tus cosas, ordenando
tus álbumes de objetos y palabras,
desempolvando fotos y recortes
con tu mirada triste y con tus gafas.

Y sé que cruzaremos otra vez
la imposible frontera de la infancia,
porque sólo una vida al lado tuyo
no basta, no, no basta. No me basta.

2
TENDIDOS

Por las tardes solíamos tendernos,
buscando soledad, mi padre y yo.
En la leve penumbra daban vueltas
los girasoles del magnetofón.

Por la pintura gris del dormitorio
se resbalaba el eco de una voz:
el manantial de queja de una copla
o el pozo triste de un bandoneón.

Tras la persiana a veces se escuchaban
los sordos pasos de alguien que cruzó
y por el techo andaba oblicuamente
la sombra proyectada al interior.

Otras veces, de lejos, se sentía
a mi madre y mi abuela en el salón,
o a mi hermano, más lejos, que jugaba
con un lápiz, tal vez, y con un block.

Y nada más. El tiempo iba subiendo
su escalera sutil de caracol.
Y yo creía entonces que no habría
más mundo, ni futuro, ni dolor.

3
EN LA PENUMBRA

Era el rito. Mi padre, silencioso,
bajaba la persiana de madera
y en la reja, como una enredadera,
anudaba el cordel verde y sedoso.

Luego el gesto sutil, ceremonioso,
de colocar el disco y la manera
de tenderse, como si no estuviera,
sobre la cama, ausente y misterioso.

En la penumbra, lejos del instante,
surgía el tango viejo y susurrante
llenando el dormitorio de tristeza.

Y yo, despacio, oyendo aquel murmullo,
entraba y me acostaba al lado suyo,
hundiendo en la almohada la cabeza.

4
PASEO

Era una tarde vieja de verano.
Mi padre, el paso joven y ligero,
nos llevaba a lo largo de un sendero,
en una mano yo, en otra mi hermano.

Por el campo, colgados de su mano,
subíamos la cuesta del Conquero
y en la cima, bajo el primer lucero,
surgía la ciudad puesta en el llano.

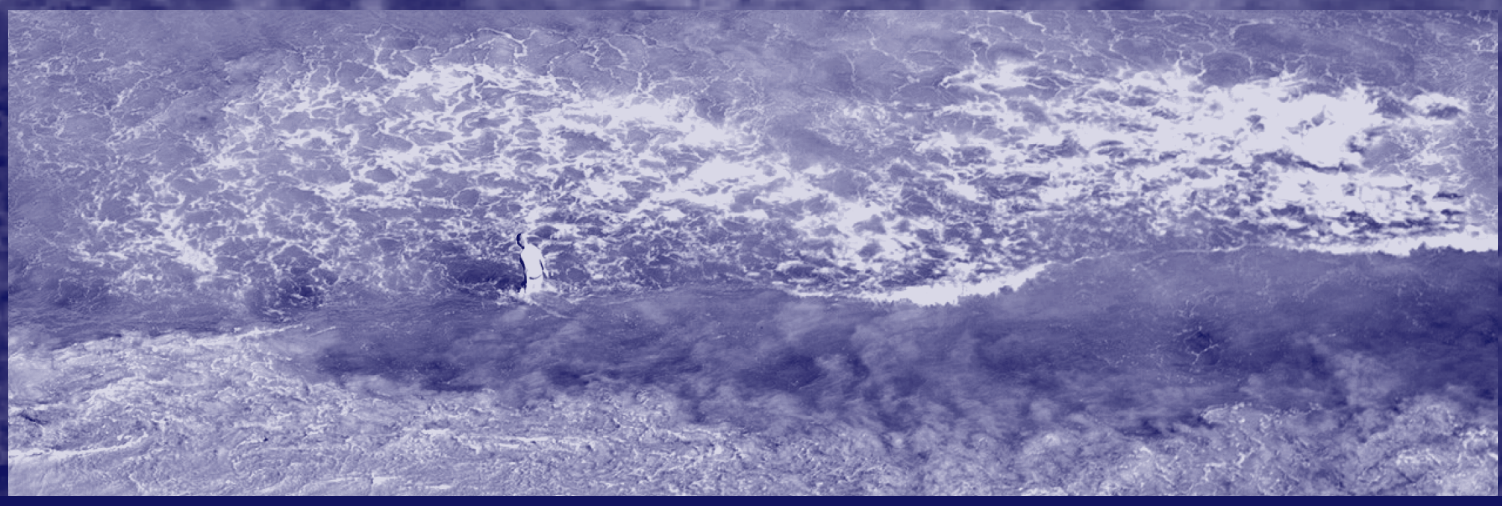
Allí mi padre, sin decir ya nada,
dejaba que se hundiera la mirada
en el agua imprecisa de la ría.

Y yo entonces, quedándome muy serio,
descubría en sus ojos el misterio
de la callada y mágica poesía.

y 5
SONETO SIN FINAL

Dentro de mí te encuentro cada día
y oigo en mi voz tu acento dulce y fuerte.
Algo tuyo me llevaré a la muerte
en ese gesto que hago todavía.

A tu lado, en silencio, yo querría
que no pasara el tiempo y retenerte.
Saber que el corazón ya no se vierte
ni en soledades ni en melancolía.

En mis ojos contemplo tu mirada
y en todo te hallo en mí, sin buscar nada,
por el río sin fin del apellido.

Y, cuando el tiempo borre hasta tu nombre,
mis hijos sentirán, padre, que un hombre
puede vivir por una sangre unido.